

# PRESENTACIÓN

## TRES TRASCENDENCIAS EN ENCUENTRO

Todo intento filosófico que no parta de la experiencia vital del hombre es vano. El filósofo se descubre inmerso en el dinamismo de una vida que le antecede y lo excede; y que, sin embargo, él es y puede orientar. Todo acontece en la vida del hombre. Pero en el seno de la vida misma se halla la alteridad. El fenómeno *hombre* incluye tanto al sí mismo como al otro; aun más, acaso, al otro. El *otro* hombre me interpela continuamente, me habla de sí, me habla de *otros*. El lenguaje, como ya había notado Aristóteles, es índice del carácter dialogal, y por ende comunitario, del hombre. La vida florece en el encuentro: el hombre es y necesita de la comunión. Allí la vida del hombre se colma de riqueza y se trasciende a sí misma: el exceso del fenómeno *hombre* es el *nosotros*.

El *nosotros* no es una abstracción ni una idealidad, sino que se trata de una comunidad viva y concreta de hombres que en cada caso *habita*, y habita indefectiblemente un mundo, se involucra con un mundo. *Nosotros*, que vivimos, nos hallamos enraizados en este mundo, con unas raíces que no obstante lo traspasan y exigen más.

El fenómeno *mundo* no se nos da primeramente como alteridad, sino que se da a una con la vida del hombre. El mundo con el que me relaciono pre-reflexivamente, el mundo en el que me muevo, casi que no necesita preposiciones. La figura de la alteridad aparece en el contexto del mundo antes que como *otro que yo*, como dualidad que nace en el seno mismo del mundo: la generación fecunda de mundo por el mundo. Se trata del mundo que engendra mundo, de la *natura naturans*. El exceso del fenómeno *mundo* se evidencia en forma de *naturaleza*. La naturaleza viva, que crece y da frutos.

La *naturaleza* es también fecunda en relación al hombre. El hombre que toma los frutos de la tierra, el hombre que trabaja la tierra, que deja sus huellas en el suelo. Se trata evidentemente de una alteridad con respecto al hombre, pero se halla lejos de la ficción de mundo objetivado que proponen los peores derivados de la ciencia y la técnica modernas. Aquí el hombre se

encuentra en su *hogar*. El mundo es siempre mundo de la vida: no hay mundo sin hombre y no hay hombre sin mundo. Esta relación reviste el carácter de unidad, de totalidad viva, porque es penetrada por la vida.

La unidad entre hombre y mundo se desborda a sí misma en virtud de su propia vitalidad, y eso nos habla de un exceso de orden superior. Este segundo exceso apunta a un fundamento que es a la vez *otro* y *uno*, distinto y el mismo. Él no se revela con la patencia del objeto iluminado, sino que susurra desde su trascendencia latente: el fundamento se nos insinúa a través del hombre y el mundo en su mismo vivir.

Vivir, para el hombre, es manar del fundamento. El hombre mana y bebe de la vida, y así puede llegar a ser él mismo fuente para otros, y otros para él. Acaso se halle aquí el camino a recorrer propio del hombre.

Convencidos de que en la tarea filosófica se halla agua fresca para irrigar nuestra tierra, es que perseveramos en hacer de esta revista un lugar de encuentro vivo, un hogar para quienes hoy se atrevan a *pensar trascendiendo*: pensar al hombre, su mundo y su Dios.

Por eso, aspirando a que desde el encuentro esta publicación crezca, hemos incorporado para esta edición un Comité Editorial y un Consejo Asesor Internacional. El primero está integrado por nuestros queridos profesores Olga Larre, Marisa Mosto, Oscar M. Esquisabel y Luis R. Rabanaque. El segundo se compone de Jean Grondin (Montréal), Mauricio Beuchot (México), Ildefonso Murillo y Murillo (Salamanca), Ricardo Vélez Rodríguez (Juiz de Fora), Jacob Buganza (Veracruz), Aníbal Fornari (Santa Fe), Néstor Corona (Buenos Aires) y Luis Baliña (Buenos Aires). Nuestro agradecimiento para todos ellos. Además, hemos ajustado nuestros criterios editoriales e introducido otras mejoras a la edición.

Este número incluye, como ya es habitual, un artículo de una importante personalidad de la filosofía a nivel mundial: Harald Holz, cuyas visitas a nuestra Facultad en los últimos años han contribuido a su enriquecimiento. Además, en el espíritu de que la filosofía crezca en nuestro país de la mano del diálogo, escriben dos profesores de otras universidades argentinas, José Luis Vega y Juan Blanco Ilari. Sergio Falvino, vuelto recientemente al país, colabora con un trabajo sobre *El banquete*. Entre los alumnos, fueron seleccionados los de Sofía Polivanoff, de cuarto año, y Marcos Jasminoy, de quinto. Cierra este número una reflexión sobre la filosofía de nuestro entrañable profesor Demetrio Jiménez.